

PRIMERA PARTE.

EL VILLISMO: PRIMERA FORMA DE LA REACCIÓN

Creo que la lectura de estos artículos definirá en el ánimo del lector lo que ha sido el villismo: una inmoralidad vestida de muchos modos.

CAPITULO XV.

CONSEJOS DESINTERESADOS.

Francisco Villa es una piedra.—No puede ver más allá de sus narices.—Detesta a los políticos y éstos lo rodean por todas partes, lo manejan, lo ponen en ridículo, pero es que no sabe ni quiénes ni cómo son los políticos. Si se distinguiesen por alguna señal particular, un grano en la frente, un pie más grande que otro, o el tono de su voz, bien; pero son iguales a todos los hombres, visten y hablan como todo el mundo.—Francisco Villa quisiera triturar a los políticos; pero, ¿cómo son los políticos?, ¿en qué se distinguen? Villa se desespera, examina cuidadosamente a todos los que se le acercan, y, nada, no acierta a conocerlos. Pasa los mismos trabajos que pasaría un coleccionador de animales ignorante que, buscando afanosamente alacranes, se encontrase en mitad de un bosque frente a un cocodrilo y se preguntase: ¿será este el alacrán que busco? Villa no sabe distinguir entre un político y un mecanógrafo y tiene gran terror a las intrigas. Su odio hacia los políticos es tan grande como su inmoralidad, pero en dos años de tratar de cerca a Felipe Angeles no ha podido distinguir en el tortuoso general ninguno de sus tenebrosos y maquiavélicos proyectos.

Para Villa es tan profundamente misterioso el espíritu de Felipe Angeles como el binomio de Newton.

Con esa desconfianza habitual en los hombres ignorantes y tontos, Villa siente por Angeles un recelo que hace extensivo, por lo demás, a cuantas gentes le rodean; pero estas dudas no se han definido, ni mucho menos han alcanzado la magnitud del peligro que se cierne sobre la pétreo cabeza del ignaro general.

Nosotros, profundamente compadecidos por tanta ingenuidad, vamos a tratar de que la futura y fatal víctima de Angeles se dé cuenta de los negros proyectos que contra su «INOCENCIA» está fraguando ese general Angeles, tan sarcásticamente llamado así.

Será bueno, Francisco Villa, que escuches estas razones.

Angeles no puede ser un aliado sincero tuyo, porque ha estado demasiado tiempo en segundo lugar, porque ha sentido muchas veces en sus espaldas el peso moral de tus patas, porque su nombre ha sonado siempre después del tuyo, porque considerándose superior por la cultura, por los antecedentes, por la educación, por el «prestigio», por la ciencia militar y hasta por el modo de saludar, ha soportado la humillación de obedecerte, forzado por las circunstancias que siempre ha considerado transitorias. Angeles es político por los cuatro costados; te odió desde el primer día, pero vió en tu cabeza de piedra un admirable instrumento para jugarse un arriesgado partido de pelota. Claro que en ese juego Angeles busca la presidencia al mismo tiempo que consigue que en el peligroso «match» y de un modo indefectible se rompa la «pelota.»

Angeles quizá ya hubiese encontrado, en los inagotables recursos de su maquiavelismo, manera de romper la «pe-

lota;» pero ¿entonces con qué instrumento jugaba el gran partido de su ambición? Hé aquí el secreto de por qué Angeles ha cuidado hasta hoy de la integridad de tu cabeza; pero las cosas han cambiado. Tu ignorancia y tu ciega cólera estulta echaron a perder la encantadora martingala de la Convención y Angeles, autor de la preciosa «cábala», comprendió que tu cabeza era demasiado dura y que ni para «pelota» podía servir . . .

No te lo dijo, pero lo sabe; ha comprendido que excepto la popularidad agonizante que tienes entre tus más adictos cómplices, careces de prestigio en la opinión que te mira horrorizada; ha visto que tus rabias epilépticas son incapaces de la más pequeña diplomacia y ha resuelto eliminarte. Pero te conoce; sabe de todos los horrores de que es capaz tu canibalismo y, jesuíticamente, te prepara la trampa. La obra de tu desprestigio tú solo la has logrado coronándola con las cabezas de tus víctimas. Esta labor no necesita ya emprenderla el general Angeles; tú mismo la has consumado.

Para tu completo aniquilamiento falta una sola cosa: tiempo.

Y el tiempo, ya lo dijo un sutil filósofo, es «padre de prodigios» . . .

CAPITULO XVI.

LA IMPONDERABLE ARMONIA UNIVERSAL.

Nos cuenta Rip Rip ayer, en un artículo, cómo Hipólito Arango, hermano de Doroteo o Francisco Villa, el inmortal, gobierna Ciudad Juárez. Este Procónsul de calzón de cuero tiene el monopolio de numerosos garitos, encarcela y mata a su arbitrio y personalmente inspecciona la buena marcha de varias casas de lenocinio.

En mi concepto, esta inmoral conducta de Polite, como cariñosamente llama a tan ingenuo personaje su hermano Doroteo, es profundamente tranquilizadora.

El hermano de Villa contribuyendo con sus «búsquedas» a la fortuna de Pancho, por medios tan admirablemente acordes con la bien ganada reputación de Francisco Villa, prueba de modo irrefutable hasta qué punto este bandolero no se ha modificado.

Quien tolera que Ciudad Juárez, limítrofe con la frontera sur de los Estados Unidos del Norte, cuya opinión tiene en tal aprecio al ex-napoleónico general, haya sido convertida en un ínsula barataria, centro y lar de las más indecentes explotaciones, queda retratado de manera decisiva para quien no tenga ojos de esos que no quieren ver.

Está muy bien: Villa asesinando en su campamento; Ro-

dolfo Fierros cuyo nombre, providencialmente onomatopéyico, suena como el chirriar de la cerradura de una cárcel, rematando a los heridos en los hospitales; Urbina sitiando la casa del general Eulalio Gutiérrez, para ultrajarlo cobardemente..... Los *dorados* caballeros de la gran *chaveña* y el pequeño sátrapa de Ciudad Juárez, Hipólito Villa, son admirablemente armónicos, forman por sí solos una encantadora sinfonía.

Sólo dinero del juego y dinero de la prostitución le faltaba a la inmensa fortuna de Villa para que todos sus componentes estuviesen maculados de ignominia.

Yo, sinceramente, pienso que debe ser un motivo de regocijo para nosotros las inmensas inmoralidades que sigue produciendo el villismo por todas partes. Ellas apresurarán su derrumbamiento, ellas evidencian hasta qué punto no han contribuido ni la opulencia ni el mando a modificar el carácter indómito y bestial de esta fiera.

Sólo le falta a Villa un detalle que perfeccionaría su obra, la coronaría de gloria imperecedera: enviar a las mujeres, con quienes contrae matrimonio por la fuerza, a las casas de Polito para que la nobilísima empresa rinda mayor provecho.

La imponderable armonía universal me reconcilia con la vida. Ojalá el Presidente Wilson pudiese pensar detenidamente en esto.

LAS ALAS ARCÁNGELICAS DE ANGELES.

Hasta El Paso, dice un cable, llegó Felipe Angeles en precipitada fuga emprendida desde León. En El Paso dejó restos de su Estado Mayor.

Realmente esta maravillosa forma de correr es de patente absolutamente federal. Sólo los miembros de ese ejército supieron consumir tales proezas. Felipe había tenido hasta hoy la suerte de no parecerse a sus hermanos en origen y en espíritu, pero el Destino manda, y Angeles, como si tuviese alas arcangélicas, voló, que no corrió, dejando tras de sí, pulverizados en el aire, los restos de su prestigio.

Mitridates, anciano y con su ejército amenguado por el hambre y las derrotas, jamás huyó. Su nombre le pesaba tanto que no lo dejaba correr.

Si alguna vez hubiese sido yo partidario de ese jesuítico soldado, esa desatentada carrera bastaría para decepcionarme.

Cuando, como Angeles, se duerme con el retrato de Bonaparte debajo de la almohada y se piensa que Torreón y Austerlitz «por allí se andan,» no puede uno correr.

El miedo está bien....enredado en las ingenuas barbas de Roque, pero yo no pude imaginarlo clavado en el fiero entreciejo de don Felipe.

Este don Felipe I nuestro ha resultado una liebre digna apenas de un estofado. A pesar de su nombre, igual al de otros Felipes eminentes, a la postre este Felipe tiene tanta importancia como el Felipe de «La revoltosa», aquel de «oye, Felipa, tú no le quieres....», etc.

Que vuele el pájaro Gamboa, bueno; pero que este Julio César de Tantoyuca tenga la timidez de Julieta no está bien.

¿Pero cómo se van a extinguir en el exilio las maravillosas facultades teóricas del rápido personaje? Sería una verdadera lástima, porque él sabe matemáticas, y es un buen artillero....en el seno de su familia. A mí, a quien conmueven estas razones, se me ocurre una idea.

Que don Felipe, el alado, ingrese en una compañía cinematográfica y dirija esas batallas con cuyas fingidas peripecias lloran las cursis de todo el mundo. En esas luchas no hay peligro, pero puede haber gloria. Gloria cinematográfica como la de Max Línder, pero gloria al fin.

Y así, Felipe, un día, en una película de «gran arte», harás de Pompeyo y ocuparás Jerusalem: otro, en las Termópilas, te reirás de los «peces de colores.» ¿Qué te parece?

Tú tenías muchas alas y creíste que podías volar; pero es que no te habías examinado bien; tenías alas, es verdad, pero en los pies, y éstas sólo sirven para correr.

Para subir es preciso no tener carga encima. Y el miedo pesa mucho, tanto, que, sobre un general, es como la losa de una tumba.

CAPITULO XVII.

RETRATO AL CARBON DE UN POETA DEL SIGLO XVII QUE VIVE EN EL SIGLO XX.

Desde los tiempos superclásicos de Homero, hasta los supermodernos de Mauricio Maeterlick, los poetas han sido siempre cortesanos, serviles, reverenciosos y aduladores.

Los poetas glotones de que nos habla Rabelais, y que de manera tan eminente caricaturiza Edmundo Rostand, en el *Cyrano*, cuando en la casa de Ragueneau, se comen los estofados y pasteles, son eternos.

En los pergaminos y libros de las épocas pasadas, pueden observarse las humildes y aduladoras dedicatorias que entonces se estilaban. Así vemos, por ejemplo, en la primera página del «Tratado del Príncipe de Maquiavelo,» cómo aquel insigne político lame, literariamente, los puntiagudos zapatos de Lorenzo de Médicis. Vea el curioso lector algunas de las frases de esta dedicatoria: «Nicolás Maquiavelo al magnífico Lorenzo, hijo de Pedro de Médicis. Los que quieren lograr la gracia de un Príncipe, tienen la costumbre de presentarle las cosas que se reputan como que le son más agradables o de cuya posesión se sabe que él se complace.»

«Queriendo presentar yo mismo a Vuestra Magnificencia alguna ofrenda que pudiera probarle todo mi rendimiento para con ella»

«Y si os dignáis después, desde todo lo alto de Vuestra Magestad, bajar, a veces, vuestras miradas hacia la humillación en que me hallo, comprenderéis toda la injusticia de los extremados rigores que la malignidad de la fortuna me hace experimentar sin interrupción. . . . »

Este es el tenor, en este caso lleno de sobriedad y moderación, de las dedicatorias de los plumíferos de aquellos siglos brillantes.

Durante el reinado del disoluto Luís XV, mejor dicho, de su favorita la Marquesa de Pompadour, no hubo un poeta que no prostituyese su lira en las más hiperbólicas lisonjas.

A propósito del pie de la hermosa y hábil mujer dijeron todos los poetas de Francia elogios quintaesenciados. A sus ojos se escribieron madrigales inconcebibles y sobre el alabastrino tema de sus manos, que eran las que daban las mercedes, se inventaron odas y se cantaron himnos.

Los versos palaciegos y acaramelados de Ronsard, son famosos por su característica adulatoria.

El Aretino y Quevedo, a pesar de su espíritu crítico y a pesar de su fuerza epigramática, fueron poetas palaciegos y besaron, respetuosos, las manos de venas azuladas de cualquier Duque o Príncipe con dinero y poder. Esperaron, como todos, en las escaleras de los palacios, la entrada de los grandes señores para presentarles el homenaje de su genuflexión.

En la escena de la hostería de «Los intereses creados», el enorme Jacinto Benavente retrata a los poetas en

aquel que, porque Leandro le da de comer, se convierte en su propagandista poético.

Nadie ignora que todos los poetas del siglo XVII, por ejemplo, vivieron siempre al servicio de algún noble y opulento señor, que los hacía cantar como hoy cualquier tendero de ultramarinos enriquecido coloca un disco en el fonógrafo.

Pero dejemos esos remotos tiempos y pasemos a los contemporáneos, para evitar que alguien nos diga que eso fué entonces, porque hoy las cosas no han cambiado, como verá el paciente lector por tres admirables ejemplos que presentaré a su distinguida consideración.

Grilo, desde sus años mozos hasta que las canas blanquearon totalmente su cabeza, se ha pasado la vida loando en versos chirles, para mayor agravante, al Rey, a la Reina y a todos los miembros de la familia real de España.

Segundo ejemplo. Amado Nervo, nombrado Primer Secretario de nuestra Legación en Madrid, llega a la villa y corte y, antes de abrir sus maletas, escribe unos versos, largos y bellos, titulados *Epitalamio*, en los cuales adula a Don Alfonso XIII y que comienzan con estas palabras:

«—Oh Rey, tú eres mi Rey. . . . »

Salvador Díaz Mirón escribió, con la misma mano que trazara su oda a Víctor Hugo, aquella frase de oro en la historia de la ignominia: «El general Huerta al salir de «el Imparcial,» dejó perfume de gloria!»

EN DONDE EL RESISTENTE LECTOR PODRA VER EL OBJETO DE TANTA ERUDICION.

De todo lo anterior se infiere que el hecho de que José Santos Chocano se encuentre al servicio de Villa, a quien

loa y embriaga con los términos más selectos y las palabras más altas, no tiene nada de asombroso.

Los poetas son así.

José Santos Chocano fué el Agente defensor, con sueldo fijo, en Europa, de ese moderno señor de horca y cuchillo que se llama Manuel Estrada Cabrera. Cuando un periódico de cualquier parte señalaba algún crimen del tiranuelo de Guatemala, Santos Chocano encontraba siempre el eufemismo oropelesco para justificarlo. Cuando en cualquier mesa de café algún centroamericano prófugo relataba sus penalidades en los dominios del sátrapa guatemalteco, Chocano tenía siempre un oportuno gesto de matón que le granjeaba bonitas remesas en oro enviadas por el tenebroso tirano del silencio.

Todos los crímenes de Estrada Cabrera fueron cantados por Chocano en escritos, impudicamente firmados, como rasgos de energía. Los robos del Procónsul se convertían, al conjuro de la elocuencia del villano poeta, en admirables combinaciones hacendarias.

Y así fué cómo este poeta barrigón, e insaciablemente famélico de orgías y opulencia, paseó sus innobles belfos y su vientre burgués por las capitales europeas, en las cuales cumplió con diligencia la nobilísima embajada de su amo el tirano.

En su brillante correría llegó a Madrid, y, como un su amigo le propusiera estafar al Banco de España, Chocano se encerró en su habitación para meditar la fullería y, sentado frente a su mesa, escribió un soneto para la primera comunión de un niño, un himno a la libertad y, con la misma pluma, hizo, con habilidad profesional, la estupenda falsificación de un cheque.

El admirable *verso* de la estafa salió cojo y la hermosa

combinación fracasó, obligando al *poeta continental* a huír de España a la media noche, disfrazado de cura. Mientras el barco, después del robo frustrado, caminaba hacia las costas americanas, Chocano escribió bellos versos al mar, al amor, a la virtud.

Chocano llegó a México cuando la convulsión revolucionaria tocaba a su término. En el acto, con su clara percepción de poeta servidor de tiranos pródigos y de hombres pequeños deseosos de engrandecerse, vió en Villa el filón de sus prodigalidades futuras, y en el acto se ofreció a su servicio con la insuperable dialéctica de su arte embaucador. Escribió un artículo en loor de Villa, en el cual descollaba esta frase que emborrachó a Villa:

«En el general Villa existe la materia prima de un grande hombre.»—Desde aquel día Chocano vive a la produciva sombra del villismo, a quien en sociedad con Angeles y Carothers administra y gobierna. Villa es en las manos hábiles de este falsificador, como el oso a quien hace bailar un zingaro en las remotas aldeas. La indómita fiereza de Villa tiene en la nariz bien puesto el anillo de hierro de una continua y bien administrada adulación. Como un oso, el exgeneralísimo baila todas las zarabandas que le tocan Chocano o Angeles. El baile es, a veces, conservador; a veces, pseudo revolucionario. Pero la fiera baila siempre, dócil al pandero de Carothers, a las palabras de Felipe o a los tirones oportunos que da Chocano de la cuerda que no abandona de sus manos.

Chocano, al servicio de este gran *Duque de la encrucijada*, se ha enriquecido. Sus versos y sus consejos han sido pagados con una regia prodigalidad. De la escarcela del asesino han caído inagotables monedas de oro en las manos ávidas del poeta envilecido.

Chocano ha manchado su vida definitivamente. Sus versos tienen tantas manchas de lodo que ya no se les encuentra la poesía. Chocano recibe las limosnas sobre las cuerdas de su lira, como los bohemios trashumantes las reciben sobre el pringoso sombrero, a lo largo de los caminos.

Chocano vende los versos, como otros venden las cebollas.

Chocano bajó de las cumbres de los Andes, sobre las cuales voló triunfalmente, según él, y se metió en . . . Ciudad Juárez, para amasar, con inmundicias morales, el pan de su vejez y de sus hijos.

Chocano es un poeta con todos los servilismos y las indignidades del siglo XVII y con todos los pérfidos refinamientos del siglo XX.

Comentario: aprovecho esta oportunidad para decir que me revientan los filibusteros aunque sean constitucionalistas. El concepto de Patria me sigue pareciendo eterno.

CAPITULO XVIII.

EL AUTOMOVIL DE LLORENTE.

Gentes llegadas de Nueva York cuentan la opulencia imperial con que vive en la gran ciudad norteamericana el agente confidencial de Villa en los Estados Unidos, Teodoro Llorente.

Gasta este fabuloso personaje el dinero sin medida; vive opulentamente y se pasea por las calles de la gran ciudad en un enorme automóvil, en cuya parte delantera dos negros, uniformados, con botonaduras de oro, mudos como esfinges y trascendentales como si fuesen los dragones guardadores de una princesa encantada, completan el aparato, la liturgia del agente diplomático de la reacción.

A los norteamericanos serenos y observadores no habrá escapado este derroche ostentoso que del dinero mexicano hace el representante de Villa. Dadas las circunstancias de nuestro país, una prodigalidad tan grande de dinero, no conocida ni en los tiempos de Porfirio Díaz, es un gran crimen. Y un crimen profundamente significativo y ejemplar.

En efecto, Llorente es un viviente ejemplo de la ninguna integridad que caracteriza a los ya agonizantes reaccionarios.

El automóvil del ex-cónsul procesado por quién sabe qué turbios manejos, cuando estuvo en El Paso, dice claramente a todo el que lo mira en las calles de Nueva York:

aquí va el representante de un asesino: ¿no véis cómo el negro barniz tiene reflejos de sangre? Esos negros son más blancos que el alma de su dueño y la gran máquina sigue insolente, con su estruendoso taf taf gritando, pregonando la inmoralidad de una facción política.

Mientras los soldados de Villa agonizan en los campos de batalla, el automóvil de Llorente, pulido y confortable, se desliza por las calles de Nueva York.

Mientras las viudas lloran y los huérfanos buscan a la indecisa luz de las estrellas el cuerpo de su padre, en los heteróclitos montones de cadáveres, después de la derrota, las flores más espirituales se mustian aristocráticamente dentro del voluptuoso automóvil de Llorente.

Mientras las cosechas se pierden y los campesinos hambrientos lloran mirando su arado frío y muerto, y las estaciones humeantes aún, conservan rescoldos del fuego destructor, y todo el país, mísero y convulso, lucha por su libertad contra la reacción incansable, los negros del automóvil de Llorente usan botones de oro y beben cerveza a la salud del general Villa.

CAPITULO XIX.

Este artículo, escrito a raíz de la victoria de Celaya, puede considerarse como el epitafio del villismo.

LA LIBERTAD ALUMBRA.

Hace apenas tres meses que escribimos un artículo titulado «La luna de miel de Francisco Villa.» Comparábamos entonces a Doroteo Arango con un cohete que, subiendo por obra de la pólvora estalla a regular altura y cae, ignominiosa y definitivamente, en el vacío.

Francisco Bulnes ha hecho un estudio concienzudo de la forma en que vive y se desarrolla ese animal tan abundante en nuestra tierra que se llama el caudillo. Prueba cómo el caudillo en México se forma fácilmente, porque nadie es tan crédulo como nuestro pueblo de las hazañas napoleónicas. Aparece un caudillo con cualquier motivo, lanza un programa con cualquier pretexto, enarbola una bandera con cualesquiera colores y se lanza a la conquista de la silla presidencial. Después de tres o cuatro victorias, obras éstas casi siempre (al riguroso cincuenta por ciento) de fantasía popular y de circunstancias casuales, el caudillo llega al pináculo de su prestigio, alcanza la cumbre de un relativo renombre y de una cierta popularidad.

Entonces el caudillo se encuentra en su LUNA DE MIEL: todo le sonríe, los amigos se le multiplican, el dinero llena sus bolsillos, ciertas mujeres se le brindan entusiasmadas y ambiciosas; los clubs políticos para apoyarlo surgen en todas partes como a la invocación de un conjuro. El caudillo engorda, usa uniforme ostentoso, le regalan una espada con una inscripción que dice: «A t , hijo de Marte,» y el hombre, embriagado por tanta prosperidad, se coloca en las solapas del saco los retratos de Napoleón Bonaparte y de Julio César, sus hermanos.

Pero tan rápido como es el encumbramiento de los caudillos en México, es su descenso. Unos cuantos días después de que colocaron en sus hombros la imperial púrpura del poder, alguno de sus mismos cómplices o secuaces envidia «tanta grandeza» y da el primer desgarrón a la clámide imperial, sublev ndose. Después el pasado, ese formidable pasado que vuelve siempre, se irgue amenazador y terrible frente al caudillo y le grita sus espúreos antecedentes, y le echa en cara sus crímenes, y le presenta ante los ojos el h rrido espectáculo de sus víctimas, que, aun muertas, parecen tener en la crispatura de sus manos una suprema maldición.

Y como el caudillo es un hombre improvisado, y como es un hombre inmoral, y como es un hombre que persigue sólo el triunfo de sí mismo, todas estas lacras políticas lo precipitan y rueda, definitivamente, hacia el abismo donde se pudren tantos ambiciosos como han arañado las cumbres del poder pisando cadáveres.

Francisco Villa es el tipo clásico del caudillo mexicano. Sobre sus espaldas lleva el peso de crímenes capaces de agobiar a un hombre menos criminal. Los que le siguen son soldados mercenarios, tan mercenarios y bárbaros como los que

sitiaron Cartago. Cobran su complicidad en oro, en libertades para el crimen, en facultades para robar, violar y matar impunemente. Este ejército bestial, primitivo, ciego y estulto, se le llama ejército porque se compone de muchos hombres; pero verdaderamente no es sino una cuadrilla de bandidos. Para ellos, la República es una diligencia cargada de oro y de mujeres; hay que asaltarla.

Francisco Villa, como todos sus hermanos en caudillaje; por obra de un sin número de circunstancias entre las cuales su valor y su pericia militar eran bien insignificantes, llegó a la cúspide de su brillo, llamémosle así. Pero su derrumbamiento comenzó antes que el de otros, porque en su ciego frenesí, cometí todas las violaciones del derecho, secuestró como en los buenos tiempos virreynales, raptó mujeres como hac nlo los secuaces de Luís XVI y asesinó como lo hiciera cualquier tigre de Santa Julia.

Con la jauría de sus crímenes por detrás, Villa comienza a descender. Lleno de brabuconer a, después de su huída de México, espera al general Obregón en Celaya y las armas de la Libertad y del Derecho pulverizan a las huestes de la más ignominiosa de las causas.

Obregón, como Dumurieu, tiene en cada soldado un hombre de ideas, un convencido, un entusiasta, un libertador. En la espada de Obregón fulgura una palabra mágica, una palabra subyugadora, una palabra que parece un himno, una palabra de fuego, una palabra de luz, una sola palabra: Libertad.

Obregón es tan consciente, como inconsciente es Villa; Obregón avanza con una pléyade de generales dignos de la preconización del bronce, Castro, Hill, González, Laveaga, Maycotte, Amaro, Serrano, Elizondo, Triana, Gavira, Norzagaray, López, Espinosa y tantos otros jefes y oficiales de

Entonces el caudillo se encuentra en su LUNA DE MIEL: todo le sonríe, los amigos se le multiplican, el dinero llena sus bolsillos, ciertas mujeres se le brindan entusiasmadas y ambiciosas; los clubs políticos para apoyarlo surgen en todas partes como a la invocación de un conjuro. El caudillo engorda, usa uniforme ostentoso, le regalan una espada con una inscripción que dice: «A tí, hijo de Marte,» y el hombre, embriagado por tanta prosperidad, se coloca en las solapas del saco los retratos de Napoleón Bonaparte y de Julio César, sus hermanos.

Pero tan rápido como es el encumbramiento de los caudillos en México, es su descenso. Unos cuantos días después de que colocaron en sus hombros la imperial púrpura del poder, alguno de sus mismos cómplices o secuaces envidia «tanta grandeza» y da el primer desgarrón a la clámide imperial, sublevándose. Después el pasado, ese formidable pasado que vuelve siempre, se irgue amenazador y terrible frente al caudillo y le grita sus espúreos antecedentes, y le echa en cara sus crímenes, y le presenta ante los ojos el horrible espectáculo de sus víctimas, que, aun muertas, parecen tener en la crispatura de sus manos una suprema maldición.

Y como el caudillo es un hombre improvisado, y como es un hombre inmoral, y como es un hombre que persigue sólo el triunfo de sí mismo, todas estas lacras políticas lo precipitan y rueda, definitivamente, hacia el abismo donde se pudren tantos ambiciosos como han arañado las cumbres del poder pisando cadáveres.

Francisco Villa es el tipo clásico del caudillo mexicano. Sobre sus espaldas lleva el peso de crímenes capaces de agobiar a un hombre menos criminal. Los que le siguen son soldados mercenarios, tan mercenarios y bárbaros como los que

sitiaron Cartago. Cobran su complicidad en oro, en libertades para el crimen, en facultades para robar, violar y matar impunemente. Este ejército bestial, primitivo, ciego y estulto, se le llama ejército porque se compone de muchos hombres; pero verdaderamente no es sino una cuadrilla de bandidos. Para ellos, la República es una diligencia cargada de oro y de mujeres; hay que asaltarla.

Francisco Villa, como todos sus hermanos en caudillaje; por obra de un sin número de circunstancias entre las cuales su valor y su pericia militar eran bien insignificantes, llegó a la cúspide de su brillo, llamémosle así. Pero su derrumbamiento comenzó antes que el de otros, porque en su ciego frenesí, cometió todas las violaciones del derecho, secuestró como en los buenos tiempos virreynales, raptó mujeres como hacíanlo los secuaces de Luís XVI y asesinó como lo hiciera cualquier tigre de Santa Julia.

Con la jauría de sus crímenes por detrás, Villa comienza a descender. Lleno de brabuconería, después de su huída de México, espera al general Obregón en Celaya y las armas de la Libertad y del Derecho pulverizan a las huestes de la más ignominiosa de las causas.

Obregón, como Dumurieux, tiene en cada soldado un hombre de ideas, un convencido, un entusiasta, un libertador. En la espada de Obregón fulgura una palabra mágica, una palabra subyugadora, una palabra que parece un himno, una palabra de fuego, una palabra de luz, una sola palabra: Libertad.

Obregón es tan consciente, como inconsciente es Villa; Obregón avanza con una pléyade de generales dignos de la preconización del bronce, Castro, Hill, González, Laveaga, Maycotte, Amaro, Serrano, Elizondo, Triana, Gavira, Norzagaray, López, Espinosa y tantos otros jefes y oficiales de

quienes se pueden decir dos palabras raras y, por raras, valiosas en este siglo: son valientes y son convencidos.

El triunfo de Obregón sobre las negras huestes de Doroteo Arango, es el triunfo de la pericia, del cálculo, de la parsimonia y de la sabiduría militares. Obregón no dió un paso que no fuese calculado, meditado, pensado. Su avance ha sido lento, pero seguro, firme, definitivo.

La Revolución triunfa; Obregón no venció tan sólo a Doroteo Arango; junto con él se derrumban la Reacción y toda su corte de fatalidades.

El Napoleón de *papié maché* corre como corre una liebre; Angeles ya no tiene cañones; le quitaron los dientes; ya no puede morder. Los enemigos de la Libertad tendrán el premio que merecen: hoy la ignominia y la derrota; mañana la historia cubriéndolos de oprobio.

Madres, podréis dormir tranquilas. Los que violaban, huyen. Burgueses, ya no cuidéis tanto vuestras arcas. Los que robaban han muerto. Neutrales hipócritas, vuestra esperanza se ha extinguido. Reaccionarios eternos, por sobre todos vuestros egoísmos la Revolución triunfa, los privilegios se derrumban y la Libertad alumbrá!

CAPITULO XX.

EL RETRATO DE UN MUERTO EN SU ULTIMA POSTURA.

Los hombres no se modifican y la educación del carácter no deja de ser una hermosa utopía pedagógica. No puede admitirse un hombre ladrón en el mes de enero y honrado en el mes de diciembre. El vulgar proloquio aquel de «genio y figura...» es un axioma.

John Ruskin ha dicho que basta una sola palabra disparatada o mentirosa para que caiga el Lord que la pronuncia en el parlamento, en un desprestigio definitivo.

Tiene razón el admirable esteta inglés. El que dice una mentira es un mentiroso, el que comete una villanía es un villano.

Angeles fué siempre un taimado y un ambicioso. Pero Angeles no es un imbécil, y esperaba. El hombre que comete una infamia a los cuarenta años, está capacitado para cometerla a los veinte. Si la infamia la realizó a los cuarenta, no fué porque antes se lo vedase la conciencia, sino porque no le convino o no necesitó cometerla.

Angeles comenzó la serie famosa de sus bellaquerías, cuando su vida comenzaba a tramontar. ¿Por qué? Porque antes no encontró verdadera ocasión para el desarrollo de sus planes, porque las circunstancias no le fueron pro-

picias, porque quiso probar los procedimientos de la intriga y la humildad. Durante largos años se arrastró hipócritamente, fingió virtudes que nunca tuvo. Se hizo pequeño para llegar a grande.

Pero hé aquí que los acontecimientos políticos se sucedían y que, a pesar de las múltiples variaciones gubernamentales, este don Felipe de nuestros pecados, más perverso que hábil, no lograba colocarse en primera fila.

Sus puestos eran fatalmente secundarios. Llegó al generalato jadeante, después de grandes esfuerzos. Pero ni las águilas pudieron llevarlo a las cumbres con que soñaba y siguió desempeñando obscuramente cargos secundarios: la dirección del Colegio Militar; la campaña de Morelos, en la cual no desarrolló ninguna de sus maravillosas estrategias, limitándose a prepararse con criminales tolerancias un aliado futuro en el zapatismo.

Hasta aquí la primera etapa de la vida de este predestinado al eterno fracaso, por obra, no sólo de su pequeñez, sino principalmente de su perversidad.

En la segunda etapa de la vida de este HEROE DE LA FANTASIA, la falacia y el jesuitismo no son tan perfectos como al principio. La piel de la hipocresía con que se cubre muestra a cada momento en toda su desnudez los sentimientos de este hombre funesto.

Colocado Angeles ya francamente en la resbaladiza pendiente del mal, traiciona, calumnia, intriga incansablemente, busca alianzas con el zapatismo a quien promete lo que sabe no ha de cumplirle, forja la gran paparrucha convencionista con la cual embauca a muchos bobos; ofrece a Lucio Blanco la luna a cambio de su infidencia, reorganiza sus ejércitos, gasta el dinero de la nación, ocupa Monterrey, lo desocupa, libra batallas, pone y levanta

sitios, mata mexicanos y después de tal vértigo de actividad, cuando sus energías políticas se hallan exhaustas de tanto urdir camándulas y cuando su sabiduría militar está agotada, de tantos napoleónicos proyectos, el fracaso, otra vez el fracaso, compañero inseparable de este hombre pequeño que quiere engrandecerse a fuerza de maldades, lo agarra por los pies y lo hunde.

Todo el maquiavélico edificio, tan pacientemente levantado, se derrumba con estrépito de catástrofe definitiva.

Y Angeles, con la rabia de la impotencia, mira por todas partes el fantasma del fracaso y oye a todas horas la sarcástica risa que todos los hombres tienen para el vencido.

Angeles se siente, por primera vez, pequeño y se mira ridículo. Haber llegado a Waterlloo sin haber pasado por Austerlitz es triste.

Pero Angeles está ya colocado en la pendiente de la maldad y resueltamente se despoja de sus antiguas vestiduras que le estorban para su hazaña postrera.

Abajo la hipocresía, dice: ya todos me conocen. Ya no necesito de las apariencias. Es evidente que me hundí, pero todavía me queda un placer, que es el de la venganza.

Y el pequeño lobo abre las fauces para dar la dentellada final: Pide la intervención de los Estados Unidos en México.

El «New York Times», de N. York, de junio 21 de 1915, (para que lo consulte quien quiera), publica una entrevista celebrada con Angeles, que se titula así: «Angeles Seeks Mediation.» (Angeles solicita mediación).

De esa entrevista irrefutable y categórica tomamos textuales algunas palabras:

—«El general Villa agradecerá al Presidente Wilson intervenga para que el general Carranza acepte, sin combatirnos con las armas, un compromiso ejecutivo por medio del cual el mismo Presidente Wilson haga que se verifiquen en México elecciones libres de presidente, manteniendo en ellas Carranza sus manos fuera, pues tenemos la seguridad de que Carranza pretende establecer en México un Gobierno autocrático. . . .»

—Carranza quiere establecer un régimen autocrático semejante al de Porfirio Díaz, y nosotros los generales Villa, Zapata y yo, que amamos la libertad, (la libertad pidiéndosela a Wilson) queremos que un hombre sereno y ajeno a las facciones en pugna haga con legalidad las elecciones presidenciales.—

Carranza ha dicho oficialmente ya, más de una vez, que, terminada la campaña, será electo el Congreso y que en cuanto éste quede constituido, convocará a elecciones presidenciales. Carranza es el único hombre moderno en México a quien recordamos haber visto trazarse de antemano un programa y seguirlo inmutablemente.

Desde el Plan de Guadalupe acá, la conducta política de Carranza es intachable. No sólo no ha violado los principios, sino que ha respetado hasta en sus menores exigencias las leyes de la moral social. Carranza es un austero cuya grandeza no pueden ustedes alcanzar desde el fondo de la cloaca en que se ahogan.

Celebramos que Angeles haya definido tan claramente su personalidad. Sus crímenes pasados se han empequeñecido. Angeles es traidor a la Patria.

Antes de sus últimas declaraciones Angeles pudo decir que se había equivocado, que él creyó salvar a su país. Las palabras tienen mucha resistencia. Pero ahora, cuan-

do, ciego por el despecho, pide a una nación extranjera intervenga en su Patria, ¿qué explicación dará a sus hijos cuando le pidan cuentas del nombre que les ha legado?

Angeles políticamente estaba muerto.

Pero el retrato de la última postura de este muerto es decisiva. Pasará a la posteridad ese gesto ignominioso con el que Angeles pidió la violación de la soberanía nacional. La última postura política de Angeles excita la cólera del hombre menos patriota. Angeles pudo caer con cierta dignidad, pero su caída fué de la un ebrio que se derrumba en el lodo. Se envolvió en la túnica roja de la traición, lanzó un postrero gesto de amenaza irrisoria y se hundió en el fango de la deshonra irreparable.

Angeles debe ser enterrado en terreno de Boston o de Chicago. No merece la tierra mexicana cubrir los restos de un traidor.

Que duerma el eterno sueño allá, en la misma tierra de la cual esperó la salvación.

Y que sobre la losa de su tumba se ponga esta frase de fuego:

«ANGELES SEEKS MEDIATION.»